

que es para cambiarla en corona de flores. Sin embargo, como es posible y aun verosímil, que los ambiciosos no esperen sinó mi muerte, para dar al pueblo un caudillo que no sea de su agrado, le encargo á Vd. en atención á su fidelidad, que ponga en manos de mi hermano, con un pliego que encierra mi testamento, y otro que voy á leer á Vd., este sello de plata de tres caras, cuyo compañero, que es este otro, entregará Clery á mi muger. Este es el símbolo y el único tipo material de la potestad legítima. — El rey abrió entónces el sello, en cuya primera cara está esculpido el escudo de Francia, en la segunda dos LL coronadas, y en la tercera la cabeza con morrion de Luis Cárlos. El pliego unido al duplicado del testamento, es una carta que Luis XVI escribió á su hermano mayor, Luis Estanislao Javier. Esta es la copia.

CARTA DE LUIS XVI

Á

SU HERMANO MAYOR.

(*Documentos justificativos, núm. 18.*)

«Obedezco á la Providencia y á la necesidad, presentando en el cadalso mi cabeza inocente. Mi muerte impone á mi hijo la carga del reino: cuida de él como si fueras su padre, y gobierna el estado para tranquilizarlo y hacerlo floreciente. Mi intencion es que tomes el título de *regente del reino*, y mi hermano Cárlos Felipe tomará el de *lugarteniente-general*. Acude ménos á la fuerza de las armas, que á las promesas ventajosas de una libertad prudente y á las buenas leyes, para restituir á mi hijo la herencia usurpada

por los facciosos. Nunca olvides que está teñida en mi sangre, la cual clama : *clemencia y perdon*. Tu hermano te lo ruega, y tu rey te lo manda.

En la torre del Temple, á 20 de enero de 1793.

Firmado : LUIS. »

Volvimos al cuarto, en el cual estaba ya dispuesto el altar para la misa, y el rey despues de haberla oido de rodillas, recibió el pan de los justos con una devocion tan angélica, que edificó á los mismos municipales, que pudieron desde la antecámara presenciar este acto, por estar la puerta medio abierta.

Despues de esto, el rey dijo á su ayuda de cámara en presencia de los comisarios: Clery, tus desvelos me han sido muy satisfactorios, y te doy por ellos las gracias : mi situacion no me

permite hacerte ninguna fineza en muestra de mi agradecimiento ; mas espero que en pago de tus servicios, la municipalidad tendrá á bien que los continúes con mi hijo. — Al decir esto el rey, alargó su mano con ademán amistoso, y Clery se la besó respetuosamente. Esclavo, le dijo uno de los municipales con tono bronco y semblante adusto, ¿ qué es lo que haces ? no sabes que fué rey ? Yo juzgué, respondió el ayuda de cámara, que todavía era hombre.

Entónces le entregó el rey el sello de tres caras, igual al que me había confiado ; tambien le dió un anillo nupcial, con el encargo de entregárselo á su esposa, y una bolsita, donde guardaba cabellos de toda su familia.

S. M. se volvió á su gabinete, y salió de nuevo pidiendo unas tijeras ; lo que al parecer sobresaltó á los comisarios, pues fueron á consultarlo con el

consejo, y trajeron la negativa. El municipal que se la notificó al rey, dejó ver en confuso su rezelo de que se matase; pero Luis sonriéndose con cierto desdén, no se trataba, dijo, mas que de cortarme el pelo, y Clery lo hubiera hecho. Se equivocan mucho en temer que quiera acabar con mi vida, pues el que de cinco meses á esta parte padece tantas muertes, va á manifestar que sabe recibir la última. —

Entre tanto el bullicio que había empezado al amanecer, el ruido de las armas y cañones, y las voces de la tropa se aumentaban por instantes, juntándose á este murmullo continuado los lúgubres redobles de los tambores, que sonaban á lo lejos. A las ocho y media un tropel de gente subió por la escalera, y atravesó los postigos: abrieron la puerta, y la presencia de los comisionados de la municipalidad, precedidos por Santerre, general del

ejército de Paris, nos anunció la llegada del momento fatal. — No le pido á Vd. sinó un minuto, dijo el rey, pasando conmigo á la torrecilla, cuya puerta cerró. Estamos desahuciados, me dijo poniéndose de rodillas: se ha consumado la obra; déme Vd. la absolucion. — Mi aliento fué sobrenatural en aquella ocasion: Luis se levantó y me abrazó estrechamente, y despues tomando de su escritorio un pliego cerrado y saliendo de su gabinete, se lo entregó á Jaime Roux, uno de los comisionados, con el encargo de presentarlo á la municipalidad; pero este mirándole con estrañeza y ferocidad, respondió: No puedo; mi comision se reduce á conducir á Vd. al suplicio. — Luis miró á aquel bárbaro con ojos compasivos, y presentó el pliego al segundo comisionado, llamado Beaudrais, hombre atento y sensible, que lo tomó y se encargó de ponerlo en su destino.

Al llegar á la puerta, los ojos del rey se encontraron con los de Clery, que lloraba sin hablar. A Dios, Clery, le dijo: te dejo al lado de mi hijo; háblale á menudo de su padre. — Mirando luego á Santerre y á su comitiva, MARCHEMOS, exclamó con dignidad, alzando al cielo una mirada magestuosa y serena.

En lo alto de la escalera Michonis tuvo proporcion de cogerme la mano y entregarme un papelillo, que leí apresuradamente, reducido á estas palabras: *No hay que extrañar nada; estád alerta.*

En el segundo patio del Temple estaba el coche destinado á llevar al rey. Guardaba una de sus puertecillas un gendarma de figura siniestra, que subió el primero, á quien seguimos el monarca y yo. Se colocó otro enfrente de nosotros, y casi eché un grito de sorpresa, al reconocer al amable y va-

leroso Edwino. Su vista admiró, y al parecer desconsoló á Luis, á quien presenté un libro de los salmos, teniendo abierto el papelillo de Michonis, y despues que lo hubo leído, lo hice pedazos entre mis dedos.

El tránsito del Temple á la plaza de Luis xv duró siete cuartos de hora, y en todo este tiempo el rey leyó con sumo recogimiento varios salmos, relativos á su situación. Yo rezaba, aunque con mucha distraccion, las oraciones de los agonizantes. Se observaba el silencio mas profundo en las dos hileras de guardia nacional, que estaban formadas en ambas aceras, y no se oía sinó el redoble de los tambores, el estruendo de los cañones, y el caminar de los hombres y de los caballos.

Casi enfrente de la Magdalena se paró el coche, y con él toda la comitiva, y entónces oí varios gritos por la derecha á lo léjos, entre los cuales las pa-

labras *rey* y *Capeto* se pronunciaban repetidas veces. Una mirada misteriosa de mi alumno me dió á entender, que se insistía en el plan de que me había hablado, y para cuya ejecucion estaba haciendo el papel de gendarma. Temeroso de lisonjear al paciente con alguna frívola esperanza, tuve por conveniente no comunicarle la especie.

Las voces se fueron redoblando y acercando, y Luis que al pronto no las había oído, cerró su libro mostrándose sobresaltado. Miré por casualidad al gendarma que nos acompañaba, y estaba pálido, trémulo y despavorido. Con una mano empuñaba temblando el sable, con la otra se tentaba la faltriquera, y no sé si me equivocaría, pero me pareció en el ademán, que amartillaba una pistola.

Estaba yo sacando la cabeza por la puertecilla, á fin de enterarme de la causa y objeto del movimiento, cuan-

do los gritos repetidos de *cerrar el coche*, llegaron á mis oídos. Qué dicen? preguntó el rey; pero el gendarma levantó los vidrios, y bajó las cortinas sin contestarle.

Se sabe qué es ese alboroto? repitió Luis sin hablar directamente con nadie. Lo ignoro, señor, le respondí; pero tranquilízese V. M. Sí, sí, dijo el gendarma con tono irónico, bien podéis tranquilizaros: quieren salvaros; pero yo doy mi palabra de que la ley quedará ejecutada, y que no saldréis de aquí sinó muerto.

Esta proposición, tan bárbara y feroz, me hizo poner pálido y bajar los ojos: al alzarlos se encontraron con los del rey, levantados al cielo y bañados en lágrimas. Señor, le dije, cuando condujeron á Jesus á la muerte, le hicieron arrastrar la cruz. Sí, dijo Luis suspirando y estrechándome la mano; pero yo no soy mas que un hombre....

Esta escena cruel, en que parecía que la Providencia indecisa deliberaba sobre el destino del monarca, duró ménos tiempo del que yo empleo en describirla, ó mas bien en apuntarla. Todas las congijas de la zozobra y todas las ilusiones de la esperanza, se imprimían alternativamente y con vehemencia en el semblante candoroso de Edwino; el del gendarma estaba macilento y desfigurado por los remordimientos de su mala conciencia, y el pavor había sin duda alterado el mio. Luis era el único, que despues de enjugar sus lágrimas, había recobrado el sosiego y continuaba su lectura.

La confusion fué cediendo, cesaron las voces, el órden quedó restablecido, la comitiva volvió á la marcha, y el coche siguió su rumbo. Entónces comprendimos Edwino y yo, que ya no había motivo alguno de esperanza; con lo cual mi alumno se puso pálido, y

yo quedé traspasado de dolor. Un gozo feroz fué esplayando las facciones horrendas del bárbaro gendarma, quien arrojó al desdichado paciente una mirada, que espresaba su triunfo y su malignidad; y la inicua sonrisa, semejante á la que Milton atribuye á Luzbel, asomó en sus odiosos labios; pero el rey continuó siempre con su cabal tranquilidad.

Así llegó el coche casi hasta el pié del cadalso. Edwino bajó el vidrio de su lado, el otro gendarma abrió la puertecilla del suyo, y se presentó el verdugo.

Buen hombre, dijo el rey al gendarma, recomiendo á Vd. mi confesor: es honor de Vd. el resguardarle de todo riesgo, cuando yo ya no exista. No hay que temer, respondió con aspereza el militar: no se le hará nada: cumple con su deber, yo conozco el mio, y vos debéis obedecer á lo que se os manda.

Luis se levantó, empezó á salir del coche, y apoyando la mano en la rodilla de mi alumno, hallád, le dijo con el acento mas patético, en el esfuerzo y la delicadeza de vuestros procedimientos, la recompensa que no me es dado ofrecer, ni aun con palabras. — Edwino quiso contestarle; pero las lágrimas se lo impidieron.

Apeóse el rey, se quitó el vestido y la corbata, y luego adelantándose hacia los tambores, que no cesaban de tocar, les gritó con voz muy entera: *Callad....* — Pararon al momento, y entre tanto los sayones habían asido sus manos, que retiró por un movimiento involuntario de indignacion. Señor, le dije entónces, falta todavía esta humillacion, para que tengáis mayor semejanza con el Salvador divino, que os está contemplando y preparando la recompensa. — Con estas palabras desechó aquella repugnancia, y

presentando sus manos con magestuosa resignacion, se contentó con decir al que redoblabá los nudos, que aquello no era necesario.

Los verdugos eran cuatro; dos preparaban en el cadalso el aparato del suplicio y el acero matador; los otros dos se colocaron al lado del rey, mientras subía, y yo le seguía inmediatamente. El semblante abatido de aquellos hombres se contraponía estremadamente á la fisonomía apacible de Luis, que tenía el cuello desnudo, el cabello tendido y algun tanto rizado, la frente serena, y la tez un poco encendida, y no llevaba sinó un simple chaleco de felpilla blanca.

Uno de los verdugos se le arrimó por la espalda, le ató el pelo con una cinta y se lo cortó. Luis se adelantó con denuedo hacia el lado del cadalso que miraba á las Tullerías, y exclamó con voz sonora: *Muero inocente....*

perdono á mis enemigos.... deseo que mi sangre redunde en utilidad de los franceses, y aplaque el enojo de Dios.... Iba á decir mas, cuando una demostracion imperiosa de Santerre obligó á los tambores á continuar su redoble. El rey habló todavía algunas palabras en voz baja, y luego doblando una rodilla, me pidió la última bendicion. Entre tanto que se la echaba, muchos gritaron á los verdugos que cumpliesen con su obligacion; y en seguida se apoderaron de la víctima. Miéntras la afianzaban con los ceñidores, puesta mi mano izquierda sobre su espalda, y enseñándole con la otra el cielo abierto para recibirle, *Id, hijo de san Luis*, le dije, *subid al cielo....* No bien había yo proferido estas palabras, cuando la cuchilla fatal hizo que terminara con una muerte funesta, pero gloriosa, una vida llena por mucho tiempo de trabajos y amarguras. Me

postré aterrado con el dolor, y no volví de aquella especie de parasismo, sinó al eco de los gritos repetidos mil veces de *viva la nación, viva la república*. Levantéme precipitadamente... O espectáculo horrendo y lastimoso! Un jóven, apénas de edad de veinte años, había asido por los cabellos la cabeza cárdena del desdichado Luis, y la iba enseñando al pueblo, sacudiéndola para hacer saltar la sangre. Salpicóme tambien con aquella sangre preciosa; y al momento, habiendo levantado los ojos hacia este lamentable objeto, me pareció verlo resplandeciente con la corona de los mártires, y que el ángel del Señor lo cubría con las palmas de la inmortalidad.

Me fui corriendo á casa del señor de Malesherbes, el cual enterado ya por Fitz-Asland y su familia de la terrible catástrofe, estaba en sus últimos años

batallando con el extremo de la mas violenta desesperacion. Con que esto acabó? decía : ¡ ya no existe! Su bondad , su afabilidad sin límites , y para hablar sin rebozo , su debilidad , le han acarreado este dia de luto y de sangre. Los ambiciosos le arrojaron al cadalso , y por la cobardía mas inicua y la traicion mas criminal , los que se decían sus amigos , le han abandonado. Desventurado príncipe! todo ha conspirado contra ti : tus enemigos han sido mas implacables , porqué ántes los habías favorecido ; tus jueces ansiaban tu muerte , por cuanto les allanaba el camino de la tiranía ; y la barbaridad de los carceleros se aumentaba con ver tu sufrimiento y resignacion. Y aun los mismos republicanos ¡ qué fanatismo! qué delirio! claman que el árbol de la libertad no puede fructificar , sinó regado con la sangre del rey. Santo Dios! ¡ qué lección pa-

ra las naciones , y qué perspectiva para los Gobiernos! Sí : desde este dia el despotismo de una gavilla de verdugos , arruinando á la Francia , va á sentar su trono en un cadalso , para mandar en nombre del terror. Sol , cubrete con densas nubes : libertad , razon , costumbres , filosofía , virtudes , artes , talentos , huíd de mi pais desventurado. La sangre rebosará por los surcos del labrador ; los cadáveres beneficiarán nuestras viñas y huertos ; las jornadas de setiembre durarán años enteros ; el agua , el fuego , el veneno y el hierro , todos los medios se emplearán en cometer toda clase de delitos. Fuera vínculos entre los corazones llagados con las desgracias , ó traspasados por las venganzas : no mas amor entre consortes , ni castidad en las esposas , ni ternura en los padres , ni respeto en los hijos. La justicia y la moderacion huyen llorando ; todos

los nudos de la sociedad se rompen con violencia; y mi patria vuelve á caer en la esclavitud y en la barbarie....

Tras estos rasgos proferidos con una fuerza y eficacia, que me hacían olvidar la edad de Maleshérbes, Fitz-Asland nos dió cuenta del triste resultado de su tentativa. El corto número de los que le habíamos indicado Michonis, Edwino, su hermana y yo, se había reunido en una callejuela á espaldas de la Magdalena. Su plan era esperar á que el rey hubiese llegado al cadalso, y tentar el arrebatarle de allí, no tanto combatiendo con la mucha tropa que le escoltaba, como persuadiéndola á que les sostuviese en la empresa. Era un partido indiscreto y desesperado, y casi imposible que se consiguiese el objeto: sin embargo los que lo habían adoptado, estaban bien resueltos á intentar lo, si no hubiesen

sido descubiertos. Pero asomando varios guardias nacionales por aquella calle, vieron gente armada á caballo, y entrando en sospecha, corrieron á avisar al general Santerre, quien al instante mandó hacer alto. Un destacamento de caballería se puso en marcha contra los conjurados, los cuales se dispersaron sin esperar el ataque. Uno solo, cuyo caballo tropezó al saltar una cerca, había caído en sus manos, y no dejaba de dar cuidado á milord, ménos por su propia persona, que por los residuos del partido realista, empeñado en esforzar, de nuevo y á favor del hijo, las tramas, tantas veces frustradas en auxilio del padre.

En cuanto á Edwino, había salido del coche tras el rey, y á pretesto de curiosidad, se puso junto al cadalso, con el fin de servir, si era dable, al paciente hasta el último punto. Pero aquella vislumbre de esperanza se des-

vaneció finalmente, pues mi alumno tuvo el desconsuelo, de ver caer bajo los filos del acero la cabeza del real proscrito. En aquel punto Edwino había presenciado varias escenas, cuya narracion me hizo estremecer de espanto, y de las que aun me horrorizo al referirlas.

El golpe que acababan de descargar sobre Luis xvi, dejó al prontó como pasmados á los espectadores: los cuales se mantuvieron por un rato mudos y sin movimiento. Luego al aspecto de la cabeza sangrienta de la víctima, hicieron resonar el aire con sus clamores; y una turba, arrebatada de furor y de entusiasmo, se arrojó al rededor del cadalso, y tiñó en la sangre que corría, la punta de sus armas. Otros, por impulsos bien diversos, empaparon en ella pañuelos y lienzos riquísimos. Edwino fué de estos últimos; y la tela ensangrentada que sacó, fué

luego llevada sin su noticia á Inglaterra, y colocada por la perfidia ministerial en una de las salas de la torre de Lóndres, para que clame desde allí venganza y odio contra la república. Disposicion injusta y cálculo maquiavélico, puesto que los republicanos son los que ménos parte han tenido en la muerte de Luis, y que los mas virtuosos han sido víctimas del furor suscitado por los intrigantes que la Inglaterra asalariaba.

Lo que mas asombró á mi alumno en aquel espectáculo horroroso, fué la accion de un marselles. Le he visto, me dijo, subir precipitadamente al cadalso con los ojos centellantes y el rostro encendido; le he visto sumergir su brazo desnudo en la sangre real que humeaba todavía, y sacudirlo por tres veces sobre la muchedumbre desfavorida. Nos han dicho, exclamaba, que la sangre del tirano recaería sobre

nuestras cabezas; pues que recaiga en hora buena: lavád con esta sangre criminal las manchas de la que hizo derramar. Pero que sea esta la última; devolvamos á la naturaleza el derecho de la muerte usurpado por el despotismo: los reyes no saben castigar sino con suplicios, y el oprobio debe ser el suplicio de los republicanos. —

Hay en esta terrible escena no sé qué combinacion de heroismo y de horror, de grandiosidad y fiereza, que escita tantos afectos encontrados, que no es fácil decidir, si el actor era el mas execrable de todos los hombres, ó el mas embriagado de fanatismo político y de entusiasmo revolucionario.

NOCHE DÉCIMA.

LA narracion que ahora empieza, ofrece nuevos objetos de dolor, no ménos dignos de saberse que los anteriores. Ya no es el monarca destronado, cautivo y mártir el que se presenta á nuestros pensamientos melancólicos: la tumba ha consumido al que mandaba á los hombres, y ya crece la yerba sobre sus huesos carcomidos. Otros actores salen en esta escena lastimera; mugeres enlutadas y sin consuelo, un tierno niño, cuyas gracias se marchitan con los desastres.... Si en este siglo corrompido hay algunas almas, que desentendiéndose de los lazos del egoismo, se mantienen intactas de su corrupcion, y se compadecen de las miserias de los infelices y de las lágri-